

ambiente caldeado de aquel día, se retiraba finalmente a sus casas para seguir, paso a paso, los episodios del gran drama de la Pasión.

Poco a poco, se extendió esta costumbre por todo el mundo, reproduciendo al vivo el estruendoso júbilo de aquella muchedumbre que procedía, acompañaba y seguía a Cristo en su triunfo apoteósico del Domingo de Ramos. Aquella manifesta-



ción, con acompañamiento multitudinario, cantos y aclamaciones entusiastas, servía de comienzo de la Semana Santa, llevaba hasta los últimos rincones de la población la fausta nueva, y congregaba a todos los habitantes en el templo catedralicio o iglesia principal, donde iba a dar comienzo la que podríamos llamar «Misa de apertura de Semana Santa».

* * *

Por causas muy diferentes la Semana Santa decayó en los tiempos pasados. No obstante, continuaba siendo la «gran» semana, que recuerda y celebra especialmente los más grandes misterios de nuestra Redención; es decir, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Siguió también siendo la semana llamada «santa», por la importancia de los misterios en ella conmemorados y por la santidad y grandeza de sus ritos.

En este camino de decadencia, el pueblo cristiano, conservando como por instinto la celebración cada vez más solemne de los misterios de nuestra Redención, realizaba los actos principales fuera de la Iglesia, al margen de la sagrada Liturgia.

La reforma de la Semana Santa era ya una necesidad. Había que restaurarla de modo que, siguiendo el signo de los tiempos, se volviera a la autenticidad histórica, a lo que la Iglesia fundada por Jesucristo ha considerado siempre como principio de renovación y revitalización de la vida cristiana. Lo que había proclamado San Pío X era una gran verdad: la restauración del verdadero espíritu cristiano se ha de buscar en su fuente primaria e indispensable, que es la participación activa de los fieles en los sagrados misterios y en la oración pública de la Iglesia.

Intervino la Santa Sede, recogiendo las aspiraciones de los mejores fieles de la Iglesia y, en varios documentos, se inició la restauración de la Semana Santa. Los resultados fueron muy lisonjeros. Poco a poco, el pueblo cristiano se fue convenciendo de que los ritos de la Semana grande no sólo tienen una especial dignidad, sino que poseen también una singular fuerza y eficacia sacramental para alimentar la vida cristiana, los cuales no pueden hallar compensación adecuada en los piadosos ejercicios de devoción, llamados comunmente extralitúrgicos.

No se trataba de destruir, de suprimir o prohibir en bloque lo existente. No había necesidad de ello, salvo en algunos pequeños detalles. Se encauzó la devoción externa, tan rica en España, y se le dió contenido, combinándola, armonizándola prudentemente, tomando aquellos usos que favorecían la sólida piedad y podando con mano suave aquello que se opusiera a este fin.

Se había tomado el buen camino y se comenzaba a encontrar uno de los medios más eficaces de que se valió la Iglesia en los primeros tiempos, para realizar en las almas de los fieles una catequesis, no menos fructuosa que sublime, por medio de sus procesiones, de sus ritos y de sus cantos.

Siempre me impresionará lo que escribía un gran autor, a quien conocí personalmente, cuando afirmaba que, aún prescindiendo por un imposible de la eficacia sobrenatural de estos ritos y plegarias, presentados colectivamente por un pueblo entero, nada era más bello y emocionante que ver aquellos millares de fieles de toda edad y clase, obreros, patricios, monjes y alto clero, colaborando, con su espíritu agobiado por los trabajos del día y sediento de Dios y de las cosas del Cielo, en la fiesta estacional (se refiere a Roma) en la que la única mesa, el único pan, el único cáliz ofrecido a Dios, en nombre de todos, por el Pastor supremo, tan claramente afirmaban la unidad eclesial de un solo rebaño y un solo Pastor (Cf. Card. A. I. Schuster, «LIBER SACRAMENTORUM», Barcelona 1949, III, 16).

* * *

No seríamos veraces, si no reconociéramos con gusto que es mucho lo que se ha realizado en este aspecto en nuestra Diócesis-Priorato. También es cierto que queda mucho por hacer, para que la sagrada Liturgia, especialmente en los días de la Semana Santa, encienda cada vez más el espíritu cristiano y produzca abundantes frutos, que se manifiesten en la vida de los individuos y de los pueblos.

El camino recorrido ha sido inmenso. Es un verdadero placer asistir a los Oficios de la Semana Santa en nuestra Catedral.

Pero buscando siempre lo mejor, nos damos cuenta que, en la celebración del Domingo de Ramos, hay un fallo muy claro que debiéramos subsanar. Es cosa cierta que no celebramos la Bendición, la Procesión de las Palmas y la Misa del Domingo de Ramos conforme a lo que la sagrada Liturgia nos pide. ¿Se puede decir que la Bendición, Procesión y Misa que actualmente celebramos —en tiempos de espectáculos multitudinarios, deportes, cine, televisión, desfiles— interesan de verdad la fantasía y el corazón de todos con el Drama sacro más emocionante, cuyo prólogo y portada es el Domingo de Ramos?

No estamos satisfechos. Debemos esforzarnos más. Ciudad Real, que se adelantó a los tiempos con la grandiosa y vistosísima procesión del Resu-